

Domingo III Adviento - Domingo Gaudete

Isaías 61,1-2a.10-11; 1Tesalonicenses 5,16-24; Juan 1,6-8.19-28

«¿Tú quién eres? Él confesó sin reservas: - Yo no soy el Mesías»

17 diciembre 2023 P. Carlos Padilla Esteban

«¿Cómo hacerle un hueco a Jesús en mi corazón si estoy lleno de cosas que me quitan la paz? Jesús quiere venir a mí para cambiar mis costumbres, quitarme los miedos y darme su alegría»

Dios me regaló unos sentidos para enfrentar la vida. Me regaló la vista, unos ojos para percibir la realidad. Pero la vista es limitada y más con el paso del tiempo. No veo mucho. Me quedo en las apariencias. No aprecio la verdad de las cosas. No sé si es verdad lo que veo o me estoy engañando. Será real lo que está pasando o será una interpretación que yo hago en mi corazón. Dicen que las cosas esenciales sólo se ven con el corazón. Es ahí donde veo a mi hermano y lo acepto como es, lo comprendo, lo amo. Es la mirada la que cambia las cosas. Mi forma de mirar es determinante y marca mi felicidad o mi infelicidad. Si vivo comparándome con los demás nunca seré feliz. Veré amenazas por todas partes e interpretaré lo que veo juzgando a mi hermano sin misericordia. La vista me engaña. No siempre está claro lo que veo. No quiero juzgar por apariencias. Quiero mirar con compasión, con misericordia. Mirar sonriendo. Sé que los ojos son el espejo del alma. Yo necesito que me miren así y me acojan. El oído también puede engañarme. Oigo muchas cosas. Pero no sé hacer silencio para oír las cosas importantes, las mudas. Hay demasiados ruidos, demasiada música, demasiada información que entumece mis sentidos. Necesito oír con los ojos y los oídos. Oigo cosas pero no escucho con atención. No sé callarme. No sé apagar esos ruidos que no me llevan al corazón de Dios. El oído lo tengo más dentro, en mi alma. Con ese oído oigo lo que está pasando a mi alrededor, percibo la vida. Hay sonidos familiares que me hacen sentirme en casa. Melodías que resuenan y despiertan un eco sagrado en mi alma. Hay voces que reconozco como las voces que me calman. Hay palabras que me hacen regresar al lugar de mi descanso, donde soy yo mismo y me encuentro con Dios. Hay gritos que me hieren y me alejan del bien. Gritos que me quitan la paz. El tacto es esencial para relacionarme con el mundo. Con mis manos palpo la vida, acaricio la piel de las cosas, de las personas. Mis manos son expresivas. Con mis brazos puedo abrazar y contener dentro de mí al que está huyendo. Retenerlo para que no se escape. Un abrazo me sana por dentro, me recompone. La ternura me da alegría y me hace sentir en casa. El tacto me hace reconocer el rostro de la persona amada aun cuando no pueda verlo o ni siquiera oírla. El habla es la clave para entrar en comunicación, para crear vínculos profundos. Mis palabras pueden crear la realidad. Puedo hacerla mejor con lo que digo. Mis palabras pueden hundir a una persona y que sienta que no vale nada. Puedo denigrar, ofender, ningunear, humillar. Puedo levantar, enaltecer, alegrar, sostener con mis palabras. Mis palabras son poderosas. Mis palabras acompañadas de mis ojos. Mis palabras que se expresan con mi cuerpo. No siempre pienso lo que voy a decir. Hablo sin pensar. Salen de mis labios palabras que hieren. Digo lo primero que me sale del corazón y no ayudo. Las palabras que grito tienen mucho poder sobre las personas. Mis palabras y mis silencios son sagrados. Cuando callo puedo hacer bien al que me escucha. Un silencio que aguarda a que el otro hable, me cuente algo. No quiero imponerme con mis palabras y mis gritos queriendo tener razón. No quiero hablar por miedo al silencio incómodo que crece dentro de mí. El olfato es el quinto sentido que me pone en contacto con el mundo. Los niños huelen la realidad, la gustan, la saborean. Me gustan los buenos olores y esos olores que me llevan a mi pasado, a mi infancia, al mundo que existía en el que era feliz. Amo los sabores de mi infancia, cuando era niño. Hay sabores que me llenan el alma de sueños. Sabores maravillosos que me unen a personas a las que amo. Así quiero yo vivir. En un lugar de buenos olores y ricos sabores. Quiero vivir en el cielo en la tierra. Se habla de olor a santidad. Y no es otra cosa que la presencia del mundo de Dios en el de los hombres. El buen olor me lleva al cielo. Tengo un olor, un sabor determinado. Sólo aquellas personas que forman parte de mi intimidad saben cuál es. Amo esos olores y sabores de infancia en los que aprendí el camino del amor. Quisiera que todo lo que haga

permita que surja un olor a cielo. Hay lugares que me hablan del cielo y otros crean una atmósfera de pantano. Sueño con un mundo mejor. Todo dependerá de mi forma de usar bien mis sentidos. De mi manera de acercarme a la realidad. **La cambio, la transformo para dejar que Dios entre.**

En ocasiones hay mucha oscuridad en mi mirada, en mi alma. Los problemas me abruman. En lugar de ocuparme de ellos me preocupo. Porque escapan a mi control, porque no puedo hacer nada para encontrar una solución, porque no puedo cambiar la realidad y hacerla más parecida a lo que yo deseo. La oscuridad reina cuando los miedos se apoderan de mi ánimo y no me dejan caminar. No veo nada, no distingo la senda por la que quiero caminar. La oscuridad se adueña de mi ánimo y me embarga una tristeza densa que me quita la paz. Quisiera volar, soñar, aspirar a lo más alto. Me dicen que las expectativas son inevitables en la vida. y es verdad. Lo compruebo cada vez que me empeño en que las cosas sean como yo deseo. Quiero que reacciones como espero. Anhele que venga ese hijo deseado, que la enfermedad se aplaque, que te comportes como yo te he aconsejado. Tengo la expectativas de verte cambiar pronto, ahora mismo, no tengo paciencia. Y cuando no lo veo, me frustró. No consigo la victoria que deseaba obtener, no llego a las cumbres a las que quería subir. Demasiado esfuerzo para nada. Expectativas frustradas. Crece la oscuridad. O la incertidumbre ante proyectos que he asumido y no van por el camino deseado. No suelto, no me abandono, con confío. La expectativa está ahí y duele. Yo recé, yo hice todo lo posible. ¿Acaso Dios sólo escucha a algunos y a otros nos ignora? El miedo al abandono. A que ese Dios de las promesas lleno de misericordia se olvide de mí y pase de largo por mi vida. Hoy le pido al Señor que aumente mi esperanza. Es un don, una forma de vivir que me impresiona. No siempre las cosas serán como yo deseaba. La esperanza no muere, porque si muere, se imponen la oscuridad y la noche en mi alma. Una tristeza dura y cruel que me lleva al llanto. Quiero seguir esperando después de haberlo perdido todo. ¿Qué más me va a pedir Dios que le entregue? Lo he escuchado en el alma de aquellos que lo han perdido todo. Como un grito desesperado, como una angustia sin nombre que se queda aprisionada en la garganta. Quiero subir más alto, confiar más, esperar más. La esperanza es lo último que se pierde. Yo no quiero perderla. Quiero que brille una vela en mi alma, la primera, la segunda, cada semana una más. Rompiendo el velo que cubre la noche. Acabando con las amarguras y las penas. Una luz que me llene de alegría, de sueños. Una luz que me haga creer que es posible lo que parece imposible. No quiero tener el control de todo lo que vivo. No es posible controlar el futuro. Ni el mío ni el de mis seres queridos. Tomarán decisiones que no comparto. Sufrirán desgracias que yo no deseo. Enfermarán, perderán, se sentirán solos y no podré hacer nada. No podré amar por ellos, vivir por ellos, salvar la vida por ellos. Me conformo con orar por aquellos que Dios me ha confiado. Y hacer mi parte, esos sí. No dejar de aportar lo mío. Un poco de fuego más en la hoguera que arde en el mundo. Los que creen tienen más luz que los que no confían. Los que aman bien a los demás brillan más porque no se han quedado en las críticas, en los juicios a los demás. La alegría da luz, paz, vida. Las decisiones santas son las que levantan el mundo desde sus cimientos. Me gustaría hacer que la vida fuera diferente. Acabar con esas tristezas que nublan muchos corazones. La alegría del camino es un don sagrado que le pido a Dios cada mañana. No me desaliento, no tiro la toalla, no pienso que todo está perdido después de haber sufrido una simple derrota. Vendrán tiempos mejores. Vivo el presente que es lo único que poseo. Es lo que me enseña el advento. Espero a que venga el Señor y se aparezca en mi vida en medio de mis rutinas. Quiero soltar mis cadenas, todo lo que me pesa, mis miedos, mis preocupaciones, mis angustias y ansiedades. Quiero soltar mi deseo de ser el salvador del mundo, la pretensión absurda de poder responder a todos los que me piden ayuda. Quiero dejar a un lado mi miedo al fracaso, a la derrota, a la crítica y el juicio. ¿Qué es lo peor que me puede suceder? Sí, siempre hay un escenario que es el peor. Un lugar en el que el fracaso sería más terrible. Una angustia ante la que no me creo capaz de sobrevivir. Lo suelto todo. Mis deseos de perfección. De lograr la victoria en todo lo que hago. Mis sueños de grandeza que me hacen sentir orgullo y vanidad alejándome de esa sana humildad que me llena el corazón de paz. Soltar no tiene que ver con no hacer planes, eso no lo puedo evitar. Hago planes, deseo que las cosas sean como yo quiero, busco no sufrir. ¿Quién desea el dolor en su vida? ¿Quién puede elegir una cruz que no desea? Sólo puedo acogerla con mis brazos temblorosos. Me gustan las palabras que decía C.S. Lewis: *«No es que Dios quiera exactamente que seamos felices. Él quiere que aprendamos a amar y ser amados. Que maduremos en el amor. Dios nos susurra en nuestros placeres, también nos habla mediante nuestra conciencia, pero en cambio grita en nuestros dolores, que son el megáfono que Él usa para hacer despertar a un mundo sordo»*. Cuando vengan los

dolores y las cruces, sé que llegarán, no perderé tampoco la esperanza. En esos momentos le sonreiré a la vida. Esperaré a que surja el sol de nuevo por la mañana. Aguardaré bajo la lluvia a que pase la tormenta. **Todo puede suceder. El corazón se calma, confía, espera.**

Me gusta la alegría en el camino de Adviento que me lleva a la Navidad. Me gustan los colores vivos, las luces y las canciones. Me gustan los días grises en espera, como aletargados, otoñales, esperando algo, la luz del sol que nace. Me gustan los regalos y la sonrisa al darlos, al recibirlos. Los abrazos profundos cuando más los necesito. Me gusta reírme por cosas inocentes. Sonreír sin motivo mirando caer la lluvia. Me gusta el frío de estos días y la esperanza escondida de la primavera. Me gusta el reencuentro con los seres queridos, el turrón, el chocolate, el roscón de reyes. Me gusta colocar el nacimiento y el árbol y desear Feliz Navidad a los seres más queridos. Me gustan las compras de regalos, pensando en la alegría de aquel a quien recuerdo. Me gustan las palmadas en las espaldas llenas de cariño. Me alegran estos días grises de invierno, que duran tan poco y tienen tanta vida. Es como la naturaleza que aguarda dormida a que algo la despierte. Me gustan las posadas, entonar siempre el mismo canto, esperar a que me den posada, alegrarme cuando sucede. Me gustan José y María y el burro, el Niño esperando a nacer, el día menos pensado. Me alegran las sorpresas, esas con las que no contaba. Las palabras de apoyo cuando más falta me hacen. Me da luz la mirada de esas personas alegres que caminan a mi lado. El sentido abrazo como saludo. Una mirada cómplice en el momento indicado. El misterio compartido casi sin palabras. La sensación pacífica que me envuelve cuando comienzo el día. Me hacen bien los que sonríen sin tener un motivo. Los que creen cuando ya no hay esperanza. Los que se abrazan en la derrota sosteniendo el ánimo. Me gusta la vida que transcurre con paz en medio de la noche. Hay personas que me alegran el día con sus palabras inocentes. No tienen doblez, nunca me engañan. Sé que lo que me dicen es lo que piensan. Y que lo que realmente hay en su alma es lo que me cuentan. Me agradan los que suman, no los que restan. Los que llenan el día de la luz del sol y no de tormentas. Los que se pelean por tonterías y pronto se reconcilian. Me hacen bien esos enfados tontos que nunca duran. Sé que los días grises traen paz al alma. Como si una mano amiga amansara mis miedos y calmara mis llantos. Y esa agua que cae tan lenta es sólo parte de esa espera del Adviento. Como si con ella se adelantaran las lágrimas de un niño a punto de ver la vida. Siento que no tengo miedo cuando me encuentro en casa. Y hay personas así, que tienen paz en el alma. No se irritan por nada. Aguantan con paciencia. No llevan cuenta del mal que reciben y no se molestan por motivos escondidos. No mienten ni con palabras ni con acciones. Llevan en su alma una luz que nadie les quita. Son fieles a las palabras que hoy escucho: «*Estad siempre alegres*». Cumplen esa petición extraña. Como si fuera posible estar siempre alegre. ¿Acaso no hay muchas razones para perder la alegría? Que mis sueños no se realicen, que mis planes fracasen. A veces me gustaría estar en otra parte y eso me da algo de melancolía. Como la que traen estos días grises de otoño. Por eso valoro mucho a los que son estables. No cambian tanto de ánimo. Siempre encuentran razones para no perder la esperanza. Me alegran los que se alegran con las cosas más sencillas de la vida. Con un juego inocente, con una canción llena de vida, con un chiste ingenuo, con una visita inesperada, con un pequeño regalo. Quisiera ser así y no dejarme llevar por la melancolía. ¿Cómo se hace para estar siempre alegre? Hay cosas que me alegran, otras que me entristece, algunas me llenan de rabia, otras de frustración. Quisiera inventarme un mundo nuevo en el que poder vivir sin problemas. Pero la vida tiene problemas y límites. Hay siempre un motivo para perder la alegría, lo quiera o no lo quiera. Por eso le pido a Dios que me llene el alma de luces. Como si siempre pudiera estar de fiesta. Le pido que me quite las rabias y los miedos. Las tristezas y las melancolías. Que arrase con las nubes que ocultan mis sonrisas. Que levante los vientos de mis enfados y traiga a mi playa una paz infinita. Le pido a Dios que nada me turbe. Ni el enemigo, ni el mal, ni el odio que recibo, ni el pecado que me hace sentir tan débil. Quiero sonreírle a la vida cada mañana. Sin miedo a los fracasos y a no cumplir las expectativas de otros o las mías. Como si tuviera que hacer bien todo lo que hago. Me alegra vivir en presente. Es lo que más paz me da. En el momento en el que me encuentro. No importa donde sea. Ni siquiera perder la alegría cuando tenga más motivos para la tristeza y la angustia. En esos momentos puedo levantarme de nuevo y sonreír. Estar siempre alegre es como un deseo profundo del alma. Como una misión imposible en medio de tanto dolor que siento. Como si el cielo pudiera nacer en la noche. Como si la estrella de Belén pudiera seguir iluminando el camino a seguir. No dudo que hay personas que con su alegría alegran mi vida, con su

sonrisa iluminan mis noches. No desconfío de ese Dios que me ha prometido que ha venido para no irse nunca y para convertir en risa todos mis llantos. **Ese Dios con nosotros, conmigo.**

Me gusta el sí confiado de María. Su mirada al cielo, su actitud firme en medio de las dificultades del camino. Decir que sí una vez es fácil. Una decisión que dura un momento. Luego sigo con lo mío o tomo otro camino. Un sí sin duración es posible. Un sí a ti mientras el amor dura, mientras te portas bien y haces lo que te pido. Un sí a tu vida mientras no me hieras con tus palabras y obras. Un sí sencillo mientras todo suceda como me conviene. Sin prisas, sin miedos. Un sí confiado y alegre es otra cosa muy diferente. Un sí para siempre es un salto en el vacío que pocas personas se atreven a dar. Te seguiré a donde vayas. Mantenerme fiel cuando las circunstancias sean adversas. Dudo, tengo miedo. El sí para siempre a Dios en lo que me pida es un salto de fe muy grande. Supone confiar cuando ya no tenga el control de mi vida, cuando no logre llegar al nivel que el mundo me exige. No puedo. ¿Cómo mantengo el sí sostenido en medio de la vida? No es tan sencillo. Para ello tengo que comprender que Dios me ha llamado, me ha dado una misión. Hoy las palabras del profeta Isaías resuenan en mi corazón. Son las palabras que Jesús leyó en la sinagoga de Nazaret ante su familia: *«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor»*. El Espíritu de Dios se posó sobre Jesús. Sus familiares no creyeron. También se posa sobre mí en mi camino. El Espíritu me ha elegido, me ha llamado, me pide que entregue la vida. Una misión que tiene mucho de esperanza. Supone alegrar a los que sufren, dándoles noticias llenas de luz. Vendar y sanar los corazones desgarrados. Liberar a los cautivos. Proclamar un año de gracias que perdone todas mis deudas. Una misión de esperanza en medio de este mundo. Una misión que libera y salva al que sufre la falta de libertad. Jesús fue un sanador entre los hombres. Yo estoy llamado también a dar libertad a los cautivos, a dar esperanza a los que viven en sombras de muerte. Quisiera vivir con alegría la misión que se me confía. Por eso quiero tener la actitud de María ante lo que Dios me pide. Las palabras del Magnificat siempre me conmueven: *«Me alegro con mi Dios. Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones. Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia»*. Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador. *«Desborde de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo, como novio que se pone la corona, o novia que se adorna con sus joyas»*. Hoy miro al cielo y desborde de gozo, me lleno de alegría. Tengo una misión inmensa ante mí y no quiero que la tristeza me nuble la vista. Dios es bueno y bueno es todo lo que Él hace. Quiere mi bien, desea que confíe en su poder. Soy pequeño, no tengo muchos talentos y Dios me pide que permanezca fiel en mi lugar, allí donde me ha puesto. No quiere que huya de los problemas y preocupaciones. No quiere que deje de confiar cuando las cosas no resultan como yo esperaba. Quiero tener un corazón libre anclado en el de Dios. El Adviento me invita a renovar mi sí confiado. ¿Qué es lo que me está pidiendo Dios en estos momentos? ¿Dónde me siento desbordado, superado, llevado al extremo de mis fuerzas? ¿La misión supera todas mis capacidades? Sin duda me pide Dios más de lo que puedo dar. O tal vez Él hará un milagro en el último momento cuando yo ya piense que todo va a salir mal. Yo sólo tengo que ser fiel hasta el final. Hoy escucho: *«Sed constantes en orar. Dad gracias en toda ocasión: ésta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros»*. La fidelidad cuesta. Tengo la tentación de salir corriendo y evitar así los problemas. ¿Podré ser feliz en medio del caos? ¿Podré mantener la calma mientras todo a mi alrededor se derrumba? La fidelidad es un don de Dios. Me exige tener fe en el amor de Dios, en su fidelidad eterna. Nunca me va a soltar de la mano. No me hace promesas vacías. *«El que os ha llamado es fiel y cumplirá sus promesas»*. Me da miedo dudar, flaquear en mis fuerzas. Quiero ser fiel como los niños que se sujetan de la mano de su padre. Esa esperanza nadie me la puede quitar. En el último momento Dios me mirará a los ojos y me dirá que todo va a salir bien. Me pedirá que no tema. El Adviento es ese camino a Belén que recorro todos los años. Me uno a los miedos de José, de María. Quiero sentirme como ese

niño recién nacido que confía en brazos de su madre. Parece que es imposible que todo salga bien. No temo, algo sucederá que me mostrará un camino de salvación que estaba oculto. **Lo único que Dios me pide es que cada mañana le entregue mi sí alegre y confiado.**

Vivir consagrado a Dios es la vocación de todo hijo de Dios. Él hace sagrado todo lo que está en su presencia. Así que seré consagrado cuando todo lo que vivo lo haga en presencia de Dios. Cuando deje que entre en todos los recovecos de mi alma. Cuando ahuyente de mí la oscuridad y la noche y deje que reine la luz, el día, la vida y la alegría. Me gusta pensar que cuanto más cerca estoy de Él más fácil es todo lo que hago. Es como una presencia misteriosa que todo lo envuelve. Es un paraíso en la tierra que hace posible que mis días sean diferentes. Me gusta pensar que las cosas cambian de color dependiendo de los ojos que las miran. Quiero mirar de tal manera la vida que lo que me rodea tenga la luz de Dios. Para que eso suceda necesito vivir continuamente en su presencia. Vivir en una oración constante. ¿Es posible orar sin desfallecer? Orar es contarle al Señor lo que estoy viviendo, lo que me pasa. Para eso necesito cerrar algunas ventanas en mi vida y abrir otras. Cierro esas ventanas que me llevan a la noche, que me hacen perder el tiempo, que me sacan de mi centro. Abro esas ventanas que me muestran el rostro de Dios y dejan que entre la luz en mi interior. Dios me ha consagrado, me ha llamado a vivir en su presencia: *«Guardaos de toda forma de maldad. Que el mismo Dios de la paz os consagre totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, sea custodiado sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo»*. Dios me custodia. S. José es custodio de María y de Jesús. Tiene en sus manos la responsabilidad de cuidar a aquellos que Dios le ha confiado. José vivía en la presencia de Dios y por eso pudo escuchar con tanta claridad la voz del Ángel. Estaría turbado, como yo cuando asumo decisiones complicadas en la vida y no sé bien si voy por buen camino o debería emprender rutas diferentes. Eso sentiría José al tomar a María embarazada y caminar hacia Belén. Eso le turbaría en la huida a Egipto. Decisiones imposibles que parecían verdaderas sólo porque José vivía en la presencia de Dios. Aquel que era custodio de María y Jesús era a su vez custodiado por Dios. Él lo llevaba en el hueco de su mano. Lo protegía bajo su mirada. Me gusta pensar que Dios me ha llamado para vivir bajo su manto. Me ha conducido a su presencia para proteger mis pasos y hacerme así capaz de custodiar a otros. Vivir en la presencia de Dios es el único camino para irradiar una felicidad diferente a la que me da el mundo. Una sonrisa que nadie me podrá borrar porque nace de lo hondo de mi alma. Una esperanza que nadie me quita porque está asegurada en el cielo. Juan es, al igual que José, un testigo de Dios porque vivía en su presencia: *«Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. Y éste fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, a que le preguntaran: - ¿Tú quién eres? Él confesó sin reservas: - Yo no soy el Mesías»*. Juan es testigo de la luz que ha visto en su alma. Es testimonio de un amor más fuerte. Anuncia la llegada de un Salvador que no es él. Su misión es darle voz en el desierto a la Palabra de Dios. Anunciar, proclamar, gritar, denunciar. Sólo eso. No es nadie especial, al igual que José. Un hijo de Dios más en medio de este mundo. El único valor de su vida es haber visto la luz y haber creído en ella. ¿He visto yo la luz? ¿He tocado en mi vida la esperanza de Dios? Cuando me turbo por cosas pequeñas dudo de lo que un día vi, de lo que oí. ¿Por qué pierdo la paz al pensar en futuros inciertos? ¿Por qué me pesan tanto mis heridas, mis caídas, mi debilidad? Si pudiera mantener siempre vivo el recuerdo de su luz, de su amor, de su llamada. Si pudiera volver al desierto como Juan a revivir lo que ya he vivido en mi vida. Basta con recordar, con traer a la memoria tantas vivencias de luz y de esperanza. ¿A quiénes pretendo demostrarles que valgo? Vana ilusión. Tanto esfuerzo, tanta pretensión de poder. No puedo, no lo consigo, no soy digno de nada de lo que tengo. Todo es don, gratuidad. Basta con que me mantenga bajo la luz de su mirada, a la sombra de sus alas, protegido por su amor. No quiero vivir angustiado, con miedo, inquieto. La felicidad a la que aspiro es la del que sabe que su vida está en manos de Dios. Todo lo que tengo es un regalo de ese Dios que me ama tanto. Me gusta pensar que los días pasan y me acercan al cielo. Sueño con una vida más plena, más perfecta, más llena de luz. Sueño con poder ser yo testigo de una esperanza que no es de los hombres. Dios la pone en el corazón para que no pierda la alegría. Su presencia me sana siempre. Me hace pensar que todo puede ser mucho mejor de lo que ahora veo. Sólo

tengo que confiar, relajarme y soltar, sin querer controlarlo todo. Dejar los miedos en las manos de María. Ella sabe mejor lo que me conviene, lo que me hace bien. **Cerca del fuego podré dar testimonio de ese amor tan grande que me cuida.**

Juan se define a sí mismo con negaciones: *«Le preguntaron: - ¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías? Él dijo: - No lo soy. ¿Eres tú el Profeta? Respondió: - No».* Niega lo que todos dicen de él, porque no es el Mesías. Tampoco se siente un profeta. Es consciente de su misión, de su papel, de lo poco que aporta él como precursor. Como aquel que antecede al Maestro, a Jesús y lo señala. Me conmueve su humildad. Sabe lo que significa anunciar a Jesús. Implicará renunciar a sus discípulos y quedarse solo. No le importa, sabe para lo que ha venido. Es sólo una voz en el desierto y su bautismo de conversión es un paso importante, pero sólo el primero: *«Yo soy la voz que grita en el desierto: - Allana el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías. Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: - Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta? Juan les respondió: - Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia».* Juan predicaba un bautismo de conversión. Este tiempo de Adviento tiene mucho de conversión. Hay que allanar los terrenos. Ahora frente a mi ventana escucho la máquina excavadora que saca tierra y piedras. Es lo que Dios quiere hacer en mi alma. Es lo que necesito, que saque tierra y piedras que se han metido dentro de mi corazón y no me dejan disfrutar del paso de Dios en mi vida. ¿Cómo voy a hacerle un hueco a Jesús en mi corazón si estoy lleno de tantas cosas que me quitan la paz? Él quiere venir a mí para cambiar mis costumbres, para quitarme los miedos, para darme una alegría necesaria. El morado me recuerda todo aquello que puede cambiar en mi vida. Me cuesta creer en los cambios. Lo intento y fracaso. Busco mejorar y empeoro. Me gustaría tener más capacidad para hacer las cosas bien. No sé hacerlo. Una y otra vez cometo los mismos pecados. No logro perdonar a mi hermano. No soy capaz de hacer lo que nunca me he atrevido a emprender. Cometo los mismos errores de siempre. No me callo cuando sería lo ideal que fuera capaz de hacerlo. Intento subir a lo alto del monte y me quedo a mitad de camino. Me cuesta creer en los milagros. Siempre seré yo. ¿Cómo respondo a la pregunta que hoy escucho? *«¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?».* Juan tiene muy claro quién es. Es sólo una caña que se mece en el desierto. Los vientos son fuertes pero él tiene claro para lo que ha nacido, para lo que vive. Llegará el momento en el que pierda la vida y se entregará sin miedo a Dios. Le dará todo lo que lleva en su alma. Lo habrá dado todo. Habrá cosas que podría haber hecho mejor. Poco importa. Nunca pudo ser uno de los discípulos de Jesús. Murió solo en una celda. Simplemente por defender la verdad hasta la muerte. No renunció a su misión nunca. Y se quedó tranquilo cuando tuvo la certeza de que la misión de Jesús ya había comenzado. Me gusta esa claridad respecto a su vida. ¿Quién soy yo? ¿Para qué he nacido? Miro al cielo esperando respuestas. Tengo claras algunas intuiciones. Y veo en mi corazón colinas que hay que demoler. Valles que hay que rellenar. Para que la Palabra de Dios no encuentre obstáculos en mi corazón. Hay muchas barreras, ruidos, dependencias, límites, heridas. No sé cómo se puede hacer para que haya cambios en mi vida. No sé hacerlo, solo no puedo. Me turbo, me bloqueo. No dejo que Dios actúe. Pongo muchas piedras entre Dios y yo. Muchas barreras. Muchas zanjas. Muchos montes. Muchos bosques. No dejo que la gruta de mi alma se llene de luz. Me gustan más las sombras, las noches. La luz es un don. Días llenos de sol en los que todo brilla. Los días grises entristecen el corazón. Cada vela de la corona ilumina el día. Ilumina mi alma en la que hay demasiadas sombras. Quisiera llegar más lejos, más alto, más hondo. No sé cómo hacer para vencer cuando lo que abundan en mi corazón son las derrotas. No tengo fuerzas para cambiar y me dejo llevar cuesta abajo, sin oponer resistencia. Quiero renunciar, vaciar, cavar. Quiero hacer posible que el Niño encuentre el lugar ideal para nacer. La tierra dispuesta a acoger la vida que se entrega. El Adviento es tiempo de cambios, de conversión, de oración, de renunciaciones. Supone hacer bien lo que me toca hacer. Aprovechar el tiempo y no dejarlo pasar pensando en cosas que me dejan vacío. **Así quiero vivir, preparándome para ese encuentro en paz con Dios que puede cambiar mi vida para siempre.**